



LA SEDE

Amelia Berral

LA SEDE



Primera edición: abril de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Amelia Berral

ISBN: 978-84-19748-48-5

ISBN digital: 978-84-19748-49-2

Depósito legal: M-10282-2023

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para la persona que en cuanto me veía solo me preguntaba por mis libros.
Lo he conseguido. Y te lo dedico a ti.*

PRÓLOGO

—Hay que averiguar cómo abrir esta cosa —agarro con fuerza dos de los barrotes que nos rodean dejando caer mi propio peso sobre ellos para intentar levantarme del suelo, a duras penas lo consigo. No tardo en notar lo débil que estoy y mis compañeros no parecen estar en mejores condiciones que yo, mi cuerpo quiere volver a tumbarse mientras que mis párpados luchan por no caer en la tentación de ser cerrados.

Observo a mi alrededor, con todas mis fuerzas intento divisar algo que no existe; si no fuera por una pequeña llama, estaríamos inmersos en la oscuridad, dirijo mi mirada hacia ella, esta se sitúa flotando a bastantes metros por encima de nuestras cabezas rodeada por espirales del mismo hierro oxidado del que está compuesto la enorme jaula. De nuevo muevo mis ojos más allá de los barrotes, ni puertas, ni ventanas, nada que nos pueda dar una pista de nuestro paradero actual.

Me obligo a mí misma a pensar en algo que nos ayude, cualquier idea, por surrealista que fuera, la tendría en cuenta. La verdad es que me hallo en una situación cuanto menos irónica, en medio de tanta oscuridad mi mente permanece en blanco, ojalá esto sirviera de algo, pero no, de nada sirve.

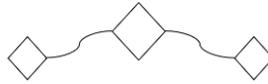
Me distraigo un momento y me arrepiento enseguida, mis piernas se dan por vencidas cayendo al frío metal, el cansancio termina venciendo.

CAPÍTULO 1

—Puede que me esté volviendo loca, no tiene sentido —sentencio después de que mi cerebro haya explotado debido a la pérdida de mi dignidad—. Está bien, quizás, y solo quizás, esté siendo dramática, no obstante, menuda ha sido la vergüenza que acabo de pasar. Ilaria, piensa con la cabeza, lo más razonable es que haya sido una ilusión óptica, a lo mejor me ha dado demasiado sol e incluso puede que ahora pueda ver fantasmas. No, no puede ser, acabo de cumplir dieciocho años. ¿Cómo voy a estar viendo fantasmas? ¿Y si solo estoy perdiendo la cordura? —hablo en voz alta conmigo misma al mismo tiempo que contemplo el relajado recorrido de las nubes en el cielo; al haber salido con tanta rapidez de allí, siento que mis mejillas siguen acaloradas.

Por un momento dejo de lado lo ocurrido deteniendo mi paso a la sombra de un gran roble, noto la necesidad de sentarme y pensar en lo ocurrido con más detenimiento, además, caminar en línea recta con la mirada clavada en el cielo no va a tener un grandioso final.

Cierro los ojos permitiendo que la brisa veraniega acaricie mi rostro, coloco todas las piezas en mi mente reconstruyendo el puzle.



—Buenos días, querida —escucho una voz familiar aproximándose por mi espalda, giro hacia ella con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—Buenos días a usted también, señora Dalton —guardo las llaves de casa en la mochila que cargo en los hombros una vez que me aseguro de que está bien cerrada. A continuación, flexiono el brazo más próximo a ella con la intención de hacerle el camino más liviano. La mujer es una de las vecinas de mi calle, ya está algo mayor, por lo que en la mano contraria a la que sujeta la mía lleva el típico bastón de madera.

Como ya es habitual en nuestra rutina diaria, la acompaño hasta el final de la calle donde ella entra en la bollería a comprar pan, apenas son dos minutos de trayecto, pero ella me lo agradece siempre. En el breve recorrido no solemos intercambiar más palabras y aunque pueda parecerlo, no es para nada incómodo.

Mi oído tarda unos segundos en percatarse de que una voz me llama, volteo mi cabeza hacia diferentes direcciones para ver de dónde viene, la voz pertenece a la señora Dalton, la misma que se supone que se encuentra a mi lado en estos momentos, insisto en que al menos eso es lo que supongo.

—Buenos días, veo que hoy has madrugado, ya habías salido cuando he pasado por la puerta de tu casa —mi boca se abre ligeramente debido a la confusión, vuelvo a mirar mi brazo, el cual está sostenido en el aire, no hay nadie, estoy sola.

Mientras mi cabeza busca una explicación coherente a lo que acaba de suceder, vuelvo a sentir peso sobre el brazo; aún extendido en el aire, ha vuelto a ser agarrado por la misma persona con la que creía haber estado caminando minutos antes, estoy segura al noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de que la señora Dalton no tiene una hermana gemela, lo que lleva a mi cerebro a preguntar: ¿con quién he bajado la calle? ¿Habría sido fruto de mi imaginación? Estoy delirando.

—Querida, ¿te encuentras bien? Se te ve un poco pálida —soy capaz de notar cómo me examina con la mirada de pies a cabeza, cualquiera diría que me está haciendo un escaneo completo—. Hay que ver, los niños de hoy en día os enfermáis en cuanto os da

un poco el sol —retoma el camino tirando de mí por su agarre, por lo que no tengo más remedio que seguir su paso.

—Sí, me encuentro bien —atino a contestar—. El desayuno me ha debido de sentar mal —por suerte mi voz no falla y no se nota el desconcierto en ella.

Nos despedimos educadamente al llegar a las puertas de la bollería. Intento no darle demasiadas vueltas al asunto, a lo mejor solo me he despistado y he confundido su voz con la de otra persona e incluso es probable que la haya confundido con otra mujer. En cualquier caso, continúo mi camino hacia el supermercado.

Al llegar a mi destino, me tomo la libertad de darme unos segundos con el fin de permitir que el suave viento de hoy me abraze, sin prisa inhalo esta agradable brisa soltándolo despacio por la boca; con una sonrisa de oreja a oreja, entro al lugar.

Camino a través de los pasillos al mismo tiempo que abro la mochila, saco la lista de la compra que me ha dado mi madre, según ella tengo memoria de pez, por lo que anota todo lo que necesita una por una.

Agarro cada cosa que hay escrita sin mayor reparo, actividad de lo más entretenida que me toca hacer todos los días porque a mi madre le gusta comprar lo justo y necesario para ese día, además, y la verdadera razón por la que lo hace, es que también lo utiliza como excusa para obligarme a salir de casa, de nuevo, según ella, para que me dé el aire fresco, sí, todo «según mi madre», no compartimos las mismas opiniones al respecto, no obstante, ese es otro tema por debatir.

Tomo el último producto dirigiéndome a la caja que milagrosamente está vacía, no iba a tardar tanto como esperaba o al menos eso es lo que pensaba cuando un hombre me corta el paso colocando lo que intuyo que es su compra, muy avispada yo, no me hubiera importado si no fuera porque, tal y como se ha atravesado en mi camino, casi me caigo.

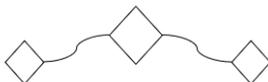
—Disculpe, señor, debería tener más cuidado —comento lo más educada posible al mismo tiempo que recojo algunos paquetes de alimentos que sí se han llegado a caer de uno de los estantes; percibo una mirada ajena sobre mí, lo que ocasiona que de reojo busque su procedencia, la cajera, esta se encuentra con una mueca bastante extraña, si se me permite añadir—. ¿Ocurre algo? —dirijo mi atención hacia ella una vez que repongo el estante.

—¿Con quién hablas Ilaria? —como ya he mencionado, vengo diariamente, por lo que no es de extrañar que los trabajadores me reconozcan.

—Pues con... —volteo la cabeza hacia donde estaba el hombre hace unos segundos, alzo el dedo índice, sin embargo, allí no hay nadie, al igual que encima del mostrador tampoco hay ningún producto—. Había un hombre aquí hace un momento —afirmo con la ceja derecha arqueada hacia arriba, me extraño de que haya desaparecido y tampoco tiene sentido que se haya escondido. ¿Qué es lo que he visto entonces?

—Para nada —niega con la cabeza—, tú has sido la primera —es mi turno de asentir ahora con el ceño fruncido. A mi rostro ascienden los colores, noto como me pongo colorada y hago el intento de no mirar a los ojos a la cajera.

—Habrá sido mi imaginación —sonrío como si nada hubiera pasado y en el menor tiempo posible salgo de allí andando a paso acelerado para no ser tan obvia a la hora de salir corriendo.



Respiro, inhalo por la nariz todo el aire que cabe en mis pulmones, al mismo tiempo mis orificios nasales se embriagan del olor de las margaritas que hay cerca de mí y lo voy soltando por la boca poco a poco.

Luego de ese extenso suspiro y de haber reconstruido los hechos, vuelvo a agarrar la bolsa de la compra con la intención de volver

sobre mis pasos. Reflexiono sobre la respuesta que le daré a mi madre cuando llegue a casa y formule la pregunta del día: ¿por qué has tardado tanto? Para ser sincera, mamá, he salido huyendo del supermercado porque tu querida hija se está volviendo loca muy joven y no se le ha ocurrido mejor cosa que hacer que caminar en dirección opuesta a la de casa. ¿Qué podría salir mal? Nada, por supuesto.

Suspiro por tercera vez hoy; al pasar por delante de donde había salido minutos antes, miro para el lado contrario en un patético intento de no cruzar miradas con la dependienta.

Al llegar a casa, cierro la puerta detrás de mí.

—Ya estoy de vuelta —anuncio usando un tono de voz más elevado. Recorro el pasillo de entrada pasando por al lado del salón llegando a la cocina, suelto la bolsa en la encimera. Miro como mi madre está delante de mí con los brazos colocados en forma de jarra, en resumen, apoyados en la cintura y, por si fuera poco, una mirada seria poco favorecedora adorna su afilado rostro, antes siquiera de que su boca emita algún sonido interrumpo—: Había más gente de la habitual, al parecer hay una promoción exclusiva de veinticuatro horas —nada más lejos de la realidad.

Parece conforme, relaja su expresión volviendo a su semblante neutral de siempre y comienza a sacar y, por consiguiente, colocar la compra.

—Tu hermano está en la habitación con sus amigos, solo por esta vez puedes comer en tu habitación, pero solo en esta ocasión —recalca por segunda vez cuando ve que mi sonrisa se amplía notablemente y hago un signo de victoria, en realidad sé que a ella también le hace gracia porque también sonrío.

—Vale, mamá, te quiero, mamá —le doy un beso en la mejilla y como si tuviera cinco años subo las escaleras de salto en salto; ante mi drástico cambio de humor, no puede evitar soltar una carcajada, yo sé que se lo estaba reprimiendo.

No me quedo en el segundo piso, dato que parece ilógico dado que a simple vista la casa solo cuenta con la baja y primera planta,

sin embargo, también contamos con un pasadizo secreto, sería gracioso, pero la verdad es que no, se trata del altillo, mi lugar favorito de la casa, mi madre lo llama «la pequeña cueva de Ilaria» y no voy a ser yo quien lo desmienta, no obstante, para ser «pequeña», puede que sea más amplia que mi propia habitación.

En un breve resumen, la planta baja cuenta con el baño principal, la cocina y el salón, en este está implantado el comedor, aunque habitualmente comamos en la barra de la encimera y solo la usemos esa parte cuando vienen visitas. En la primera planta están las habitaciones, en total son tres, cada una cuenta con un baño propio, pero la de mi madre también tiene vestidor.

La decoración es simple y armoniosa, predominan los tonos tierra, blancos y dorados, a excepción de las habitaciones, cada uno la tiene decorada a su gusto, por ejemplo, mis paredes están en un azul claro similar al tono pastel, las de mi hermano son del mismo color, solo que de tono más oscuro, y las de mi madre son completamente blancas, no obstante, el único objeto que se podría decir que está en cualquier rincón de la casa son las plantas, cada uno tenemos en la repisa de las ventanas nuestras plantas favoritas, sin mencionar las que se encuentran en las demás salas comunes, y cabe destacar que no se tratan de esas de plástico que son meramente decorativas y solo sirven para ocupar espacio y coger polvo que luego, por cierto, nos toca limpiar a mi hermano y a mí.

—Por fin —suelto un quejido en voz alta cuando consigo agarrar la argolla que cuelga del techo; una vez que la he conseguido coger, tiro de ella para bajar la escalera, debería ofenderme el detalle de que no tengo fondo físico ni para saltar a por una escalera, en mi defensa he de decir que no es mi intención correr una maratón, así que no me importan mucho mis habilidades físicas.

Cuando subo, la acomodo de nuevo en su sitio dentro del altillo cerrando consigo la puerta en la que está atornillada y como si de

un resorte se tratara, me tumbo en mi magnífico, gigante y blandito puf. Como ya he mencionado, es una «cueva» personal, lo que significa que está decorada a mi gusto total; aquí arriba, las paredes están desnudas, al igual que los tablones de madera que sirven de apoyo al tejado; en mi opinión, el contraste del ladrillo y la madera desgastada queda bastante bien, al principio tengo que admitir que no me gustaba nada, pero después de darle una mano de limpieza a fondo y de deshacerme de toda la suciedad y acumulación de polvo que había, acabó por agradarme, así mismo le da un toque rústico, oscuro y tétrico, sin embargo, es posible que solo me lo parezca a mí.

A pesar de que el hueco por el que se sube no es de un gran tamaño, con la ayuda de mi madre pude desmontar y volver a montar algunos muebles que ya no se usaban, entre ellos se encontraba una mesa baja que venía con la casa cuando mi madre la compró, por lo que es de la misma madera y no desentona; también mi antigua librería blanca, la deseché una vez que se quedó pequeña para todos mis libros y, por supuesto, el ya mencionado y adorado puf, además de algunas cosas más como guirnaldas de luces, una lámpara antigua de sobremesa, una manta mullida súper grande y no exagero, puedo enrollarme en ella como un rollito de primavera, libros, muchos libros, hasta podría decir que demasiados libros, pero no, nunca se tienen demasiados libros.

Dejo mi cuerpo descansar en el asiento mientras mis pupilas se dedican a mirar a través de la única ventana que hay, es la más pequeña de la casa, sin embargo, pasa una buena cantidad de luz y desde mi posición tengo las mejores vistas habidas y por haber, el cielo, los rayos de sol traspasan la cristalera acariciando mi pálida piel, tengo que entrecerrar los ojos para no dañarlos, no obstante, la sensación es simplemente maravillosa.

En mi lugar de escape del universo, la paz y tranquilidad son palpables en el ambiente, aunque esta vez no ha durado tanto

como yo hubiera querido, las imágenes de lo ocurrido esta mañana vuelven a inundar mi mente, sigo sin entender nada, no consigo encontrar una explicación con sentido.

A pesar de que tengo muchas ganas de finalizar el libro que estoy leyendo actualmente, mi cuerpo se relaja provocando que de repente el sueño me invada, un bostezo se hace presente probando mi afirmación, no pongo resistencia alguna, dejo que mis párpados se cierren, ¿a quién no le gusta una buena siesta?

CAPÍTULO 2

—Cariño, despierta, es hora de comer —sin tener que abrir los ojos, reconozco de quién se trata, por el timbre de voz es mi madre, no obstante, esta deducción ha sido totalmente innecesaria, ¿quién más iba a poder ser? Me incorporo estirando los brazos por encima de mi cabeza y solo entonces permito que mis párpados se separen dejando entrar la claridad en ellos, afino la mirada, efectivamente es mi madre, menuda sorpresa, no lo hubiera adivinado nunca, un momento, de hecho es lo que acabo de hacer.

Agacho la cabeza mordiendo mi labio inferior, mi estómago hace presencia en la conversación, trae consigo una bandeja, solo con el olor que emana puedo decir que mi madre es la mejor cocinera que existe. Ella está colocada de tal forma en la escalera que solo se la ve de cintura para arriba.

—Ni siquiera voy a preguntar cómo sabías que estaba aquí —rueda los ojos, su gesto provoca una sonrisa a mis labios, me he despertado llena de obviedades, es simple, si no estoy en mi habitación, estoy aquí y viceversa.

Doblo mi cuerpo para acercarme a la bandeja sin levantarme de mi asiento, sin embargo, mi cuerpo termina chocando contra el suelo, gracias a que los brazos estaban estirados consigo amortiguar el golpe con las palmas de mis manos, trago saliva sin atreverme a alzar la cabeza, ¿he traspasado la bandeja? Las cuencas de mis ojos se abren de manera exagerada y mi respiración empieza a ser más rápida de lo habitual, trato de controlarla, pero mi cabeza aún está dando vueltas, despacio enderezo mi cuerpo, no hay na-

die y con ello tampoco nada, he olido la comida, no puede ser, no puede haber sido mi imaginación, no esta vez. Compruebo que la escalera sigue bajada y mi garganta se seca por completo, entonces no ha sido un producto de mi mente, siento un escalofrío recorrer de punta a punta mi cuerpo y de un salto me alejo, no paro de retroceder hasta que mi espalda choca con la pared y del miedo no soy capaz de distinguir que solo se trata de eso, por lo que un grito sale desde lo más profundo de mi garganta, no trato de controlar la respiración y mi cabeza duele, distintos escenarios nada agradables pasan por ella.

Dejo mi cabeza caer sobre mis piernas, las cuales se encuentran abrazadas por mis propios brazos, mi cuerpo no responde a las órdenes del cerebro, no puedo moverme, no hago más que temblar y para colmo no puedo respirar, lo intento, pero no puedo, me estoy quedando sin aire.

—Mírame —siento unos brazos ajenos rodearme, me encuentro tan paralizada que no puedo distinguir si se trata de mi madre o de mi hermano—, mírame, bonita —definitivamente se trata de mi hermano, lo sé porque desde pequeños me llamaba así cuando lloraba o tenía miedo—, estoy aquí —una de sus manos se detiene en mi largo y liso cabello, lo acaricia enredando algunos mechones castaños entre sus dedos. La otra la lleva a mi mejilla, la acaricia suavemente con el dorso de la palma al mismo tiempo que ejerce cierta presión para levantar mi rostro, con el pulgar limpia las lágrimas, hasta este momento no me había percatado de que estaba llorando—, vas a estar bien, estás bien —asegura con un timbre de voz suave, sus ojos color caramelo no se despegan de los míos, negros como la noche más oscura—. Mira, haz lo que yo —por la boca coge aire despacio para luego soltarlo de igual forma—. Ahora tú —le imito, las primeras veces no lo consigo, pero al cuarto o quinto intento consigo coger el aire mejor que las anteriores veces—. Eso es, muy bien, otra vez —me concentro en respirar, su mano continúa acariciando mi cabello, la otra se posa en mi rodilla,

igual que con la mejilla hace presión para que las baje y dejar de aprisionar mi pecho, las extendiendo y cuando consigo respirar con normalidad, dejo mi cabeza caer hacia delante, la acomodo en el hombro de Ian y cierro los ojos, por mi cabeza siguen pasando fuertes punzadas— Lo has hecho muy bien, bonita, ya pasó todo, ya pasó —me abraza aún más fuerte de lo que ya lo hacía cambiando su postura arrodillada a sentada, me coloca encima de sus piernas y me acuna como si de un bebé se tratara.

—¿Cómo te encuentras? —estaba tan sumida en el miedo que en mi campo visual no entraba mi madre, noto la tensión en el cuerpo de Ian, los he preocupado de más.

—Mejor —susurro sin abrir los ojos, dejo que mi corazón siga recuperando la normalidad en los brazos de mi hermano.

—¿Quieres hablar de ello? —no respondo, no sé qué decir, ni siquiera yo sé qué ha pasado, ¿cómo lo iba a poder explicar?—. De acuerdo, hablaremos más tarde —añade comprensiva y me da un beso en la frente, de esos que te reconfortan, de esos con los que te sientes segura. Me limito a asentir— Llévala a su cuarto, yo me encargo de despedir a tus amigos —Ian ha debido de asentir dado que no escucho respuesta verbal de su parte.

Se levanta conmigo aún en brazos, abro los ojos y estoy a punto de rechistar, no obstante, como si viera mis intenciones, me interrumpe.

—Ni hablar —susurra cerca de mi oído—. ¿Te sigue doliendo la cabeza? —supongo que es por eso por lo que susurra.

—Es soportable —contesto y comienza a caminar haciendo lo que mamá ha dicho, llevándome a mi habitación.

Con delicadeza me deja sobre la cama; como he mencionado antes, el cuarto es todo lo contrario a mi cueva, las paredes están pintadas en azul pastel con una única excepción, en el lugar en el que se sitúa el respaldo de la cama es como si botes de pintura de colores variados hubieran sido arrojados en ella, me gusta porque hay mucho color y hay diferentes estilos de brochazos. Las demás paredes son un cuadro abstracto de fotos y recortes de revistas

que llaman la atención por sus tonalidades, el suelo está recubierto con una moqueta del mismo color que las cortinas, blanco, además están la cómoda, el tocador, el escritorio, las dos mesillas de noche y la cama, todo de madera blanca con vetas y, por supuesto, mis plantas favoritas en la ventana, margaritas, tulipanes y amapolas.

Acurruco mi cuerpo sobre el edredón, este es exactamente igual que la pared de brochazos, doy un profundo suspiro y miro a mi hermano, se le ve preocupado.

—Lo siento —susurro, a lo que él frunce el ceño como si le hubiera ofendido mi comentario.

—No vuelvas a decir eso, para algo estamos aquí —su expresión cambia a una sonrisa dulce, le devuelvo el gesto al mismo tiempo que deslizo mi cuerpo del centro de la cama a un lado, intuye lo que quiero y se tumba a mi lado, me abraza de nuevo y me siento segura.

A los pocos minutos mi madre entra.

—Cariño, necesito que vayas a comprar algunas cosas que me hacen falta para la cena, se me olvidó apuntárselas a tu hermana —le tiende un papel doblado a Ian—. No te preocupes, yo cuidaré bien de ella —una tierna sonrisa adorna su rostro.

A regañadientes Ian accede, sé que le hubiera gustado no tener que irse para poder quedarse a mi lado. Me incorporo y pone una bandeja con comida en mis piernas, misma bandeja, misma comida, mismo olor, mismo de todo. No soy consciente de lo mucho que se ha relajado mi cuerpo al notar que es real, la bandeja es real, por lo que ella también, Ian la había visto, al fin y al cabo, era real, tengo que centrarme en eso.

—Cuéntame —se sienta a mi lado mientras yo como la ya esperada y deliciosa comida. No creo que me quede más opción, así que decido contarle la verdad; como hice esta mañana en el roble, narro los acontecimientos sucedidos durante todo el día haciendo bastante hincapié en los detalles.

CAPÍTULO 3

La estancia se encuentra en completo silencio mientras mis dedos juegan entrelazándose entre ellos, mis ojos no se desvían de estos, el silencio me está estresando, no sé qué piensa al respecto de todo esto y, sinceramente, ni yo misma me creería una historia así. Mis dedos dejan de jugar torpemente cuando el silencio instalado es corrompido.

—¿Se lo has contado a alguien más? ¿Ian se ha llegado a enterar?
—me quedo perpleja ante sus preguntas, tantas respuestas posibles en mi cabeza y ninguna de ellas ha resultado ser la correcta.

—No —contesto en un suave susurro con cierta indignación en ella. ¿Solo le preocupa que alguien pueda saber que he perdido la cordura?

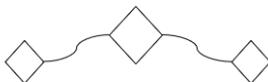
—Quiero, no, mejor dicho, necesito que me prestes atención —por inercia mi cabeza se voltea hacia ella, ha adoptado un gesto serio, la tensión es notable en su voz—. No puedo decirte qué te está ocurriendo —asiento decepcionada, no sé de qué me sorprende—. Haré una maleta y me iré —abro la boca para rechistar, sin embargo, enseguida me interrumpe colocando su dedo índice sobre mis labios—. Quiero que sepas que no te estás volviendo loca, es completamente normal lo que te está sucediendo, mi niña, no obstante, no puedo explicarte nada, solo tienes que confiar en mí —hace una breve pausa, sospecho que reflexiona sus próximas palabras—, confiar en tu madre, ¿vale, cariño? —lo resalta como si no fuera una obviedad, como si fuera a dudar de ello en algún momento y la verdad, ahora mismo no sé qué pensar.

—No te entiendo —digo a pesar de que queda claro con solo mirar mi expresión.

Me dedica una tierna sonrisa, de esas que en vez de relajar te hacen preocupar, de esas que ponen cuando algo anda mal pero no te lo van a contar por mucho que insistas, o al menos eso es lo que esa sonrisa expresa si la conoces tanto como yo.

—Lo sé —me abraza con fuerza, noto como si fuera a ser la última vez. Dejo mi cabeza en su pecho y escucho sus latidos, rápidos y fuertes, está nerviosa y eso no suele ser un buen complemento para la preocupación—. Cuida de tu hermano —susurra, aunque él me cuida más a mí que yo a él.

Solo son segundos, sin embargo, me han parecido horas, no quería que me soltara, quería que el tiempo se detuviera en este momento. Aunque no es eso lo que ha pasado, se ha levantado y se ha ido, ha salido por la puerta sin mirar atrás, un mal presentimiento invade mi corazón.



Mi móvil suena, me había olvidado de él, alargó el brazo para cogerlo de mi mesilla de noche, cuarenta y cinco mensajes y trece llamadas, ¿por qué ya no me extraña? Leo las conversaciones pendientes, todos los mensajes son de cinco únicos chats, Lena, Mina, Aura, Katia y, por supuesto, el grupo que está compuesto por ellas cuatro y por mí.

La tentación de dejarlas en visto y bloquear de nuevo la pantalla es muy fuerte y aun así hago un esfuerzo por no hacerlo. Solo hablan de sus vacaciones, porque sí, las cuatro se han ido a la vez, por separado pero al mismo tiempo, y yo me he quedado aquí sola, nosotros nos vamos a la playa más adelante.

Justo cuando iba a sucumbir a mis tentaciones, me salta una llamada entrante, es Aura, decido aceptarla.

—¿Dónde te habías metido? Llevamos horas intentando localizarte —como si fuera mi madre la que me estuviera regañando, separo el altavoz de mi oreja unos milímetros.

—Hola, ¿qué tal? Yo bien, gracias por preguntar, ¿y tú, Aura? —hablo con sarcasmo, suelta un bufido como respuesta—. Estaba ocupada durmiendo, lo siento, mi madre tiene que irse de viaje por trabajo así que voy a estar un tiempo ausente —aclaro para terminar con la conversación rápidamente, no es que no las quiera o no quiera hablar con ellas, es solo que no tengo ganas de conversar en este preciso instante.

Escucho la puerta principal de casa abrirse y cerrarse, mamá ya se ha ido, mi mente se vuelve a abrumar.

—En resumen, lo que siempre haces esté o no esté tu madre en casa —oigo su risa, a lo que sin ser consciente respondo con una sonrisa.

—Sí, más o menos —digo en un tono más relajado, vuelvo a escuchar como la puerta de casa se abre y cierra mientras alguien sube a toda prisa, mi puerta está abierta por lo que veo a Ian—. Te tengo que colgar, ya hablamos.

—Eso en tu idioma es dentro de un mes, chao —me lanza un beso y cuelgo. ¿Cómo se puede tener tanta energía?

Dejo el móvil donde estaba y miro a Ian, este espera paciente apoyado en el resquicio de la puerta, parece molesto.

—¿Tienes algo que contarme? —pregunta seco, sus brazos cruzados están pegados a su torso y su ceño fruncido no ayuda.

—¿Estás molesto conmigo? —cuestiono sin entender la situación, no es propio de mí no saber llevar el ritmo de la conversación, pero hoy ha sido un día de lo más extraño y aún ni se ha terminado.

—¿Se puede saber qué le has dicho a mamá para que decida irse a un viaje de negocios justo ahora? Los dos sabemos que eso es mentira, Ilaria —suspiro con desgana y palmeo a mi lado en la cama, no me gusta pelear con él.

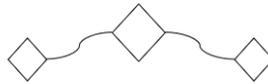
—Ian —uso un tono de voz pausado, una de las cosas que más mantienen calmado a mi hermano es la conversación lenta, de manera casi automática su temperamento se normaliza—, nunca te he mentado y no voy a empezar a hacerlo ahora —debato entre una variedad casi inhumana de respuestas posibles—. Me ha preguntado si te había contado algo, no entiendo por qué se ha ido, sé tan poco como tú. Tampoco me ha dicho cuánto tiempo se va, me ha pedido que confíe en ella, yo... yo no comprendo nada de lo que está sucediendo, Ian —le miro suplicante, ahora mismo no sé qué es lo correcto o si acaso hay algún camino correcto en todo esto.

—Está bien —relaja las facciones acercándose a mí—, puedo sentir tu miedo y tu desconcierto —se tumba a mi lado pellizcando mi nariz—. No te preocupes, bonita —me sonrío volviendo a su comportamiento habitual—. ¿Tú estás bien? ¿Tu barra de vida se ha recargado al cien por cien? —no puedo evitar soltar una pequeña risa asintiendo, hasta en momentos como este sabe cómo animarme— Además —le miro atenta—, yo tampoco estoy siendo totalmente sincero contigo —si antes entendía poco, ahora sí que no entiendo nada, nunca nos hemos ocultado nada, ¿qué es lo que ha cambiado para que estemos pasando por todo esto?—. Al igual que mamá tampoco, nos oculta algo y nosotros a ella, estamos a mano —rodea mi cuerpo con sus brazos y me atrae más hacia él.

Nos quedamos así, mirando a la nada, pensando en cuatro millones de cosas y me atrevo a decir que ninguna mantiene coherencia con las otras, hay tantas cosas ilógicas que no tienen explicación, no tengo las piezas del puzle, por lo que no puedo construirlo.

Muevo mi rostro para observar el suyo, ha cerrado los ojos, parece calmado, aunque en el fondo no lo esté, paso una de mis manos por sus rizos, su cabello es tan suave, es una mezcla entre chocolate y caramelo, es natural, lo que hace que se vea aún más bonito. Para ser

dos años mayor que él, cuenta con mi misma altura, no sé si yo soy muy baja o él demasiado alto, maldigo el metro setenta que medimos. Otro dato interesante, su fondo físico es totalmente opuesto al mío, como ya ha sido comprobado, no puedo saltar a por la escalera sin ahogarme mientras que a él le gusta el deporte, no sé cómo saca siquiera ganas para ello, siendo honesta, yo parezco la adolescente de dieciséis y él el reciente mayor de edad; si me dijeran que alguno de las dos es adoptado, me lo creería.



—¡Ian, el desayuno! —grito desde la cocina colocando los platos y vasos sobre la barra.

Ya han pasado dos semanas desde que mi madre se fue, dos malditas semanas sin noticias, al menos podría haber llamado o haber mandado algún mensaje pero no, ni siquiera nos ha concedido algo tan básico como eso. Para la mejora de la situación, hace un par de días recibí una llamada del banco, había cambiado el nombre de la cuenta, ahora está al mío, supongo que para que pueda acceder a todo el dinero, lo que me deja aún más claro, si es que quedaba alguna duda, que no tiene pensado volver. En mis cortos dieciocho años no había sentido tanta impotencia, rabia e ira al mismo tiempo.

Volviendo al punto original, mi madre se marchó sin dar explicaciones y sigo teniendo esa especie de ilusiones incorpóreas, cierto es que cada vez me cuesta menos diferenciarlas, no puedo decir cómo, pero algo dentro de mí emerge cuando veo algo que no es real, esto no quiere decir que me acostumbre a ellas, he tenido que aprender a disimular delante de mi hermano para no acabar hablándole a la pared o tocando la nada, como ya ha pasado.

—Buenos días —Ian entra a la cocina acomodándose la sudadera. En estos días no hemos comentado nada acerca de mamá,

a ninguno nos apetece, lo que sí puedo asegurar es que toda esta situación nos va a acabar volviendo locos, tenemos que empezar a pensar en qué vamos a hacer y no sé cómo sacar el tema. Observo cómo desayuna y no puedo evitar que una carcajada bastante sonora salga de mis labios.

—No comas tan rápido o te atragantarás y no seré yo la que te lleve a Urgencias —hablo en un tono bromista con las manos cerradas en puños apoyadas en mi cadera formando una jarra, tal y como habría hecho mi madre, pero claro, de ese pequeño detalle me percaté tarde.

—Perdón —contesta sin rechistar agachando la cabeza, la sonrisa con la que ha amanecido se ha desvanecido en un segundo.

Suspiro acariciando su espalda con mis nudillos, ejerzo cierta presión simulando darle un pequeño masaje, le doy un beso en la sien, no continúo con la conversación.

Termino de desayunar y me levanto recogiendo los platos, mi mano se dirige al vaso de zumo, sin embargo, esta lo traspasa, mi codo le da al de verdad tirándolo al suelo, maldita sea, no lo he visto.

—¿Estás bien? —pregunta de forma apresurada cogiendo unos guantes para no cortarse.

—Sí, solo se me ha resbalado —le sonrío para que no se preocupe y dejo lo demás en la encimera.

Ian recoge los trozos de cristal con sumo cuidado mientras yo termino de colocar el lavavajillas encendiéndolo.

—Estos días estás muy torpe, quiero decir, más de lo habitual —ruedo los ojos ante la innecesaria aclaración— ¿Hay algo que me quieras contar? —me mira de reojo por unos segundos antes de tirar los trozos de cristal al cubo de la basura.

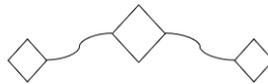
—En absoluto —dejo mi cadera descansar en la encima mirándole—. Es un poco por todo, estoy distraída, nada más —se quita los guantes y los guarda— Tengo que ir a comprar, enseguida vuelvo —alcanzo mi mochila metiendo las llaves, el móvil y el monedero, no tendríamos por qué comprar todos los días ahora que

mi madre no está, no obstante, hay algo familiar y reconfortante en no perder la costumbre.

—Vale, cuando lo creas oportuno me lo cuentas —me está analizando, puedo sentirlo, su expresión es seria, espera cualquier reacción mía fuera de mi normalidad. ¿Con qué a esto juegas?

Suspiro, cansada de este aura de tensión.

—Hasta ahora —a pesar de que él mismo admitió que tampoco me lo está contando todo, no gano nada recriminándoselo, ojalá fuera más sencillo, ojalá no hubiera secretos entre nosotros, ojalá las cosas hubieran pasado de otra manera. Pienso en que no puedo vivir en hipotéticos «ojalá», así se han producido los acontecimientos y así es como tenemos que seguir adelante, aunque ahora mismo no sepamos cómo.



Termino de comprar sin interrupciones, me siento un poco mejor al comprobar que vuelvo a distinguir lo real de lo inexistente, no puedo permitir que mi cerebro se despiste a estas alturas.

Camino por la acera admirando el paisaje, las hojas bailan junto a la brisa que las mueve, los aromas que desprenden los puestos de comida, sobre todo el de la bollería, los rayos de sol bronceando mi piel. Mi cuerpo se siente relajado ante tales sensaciones, tanto que dejo de ver personas a mi alrededor, solo estoy yo disfrutando de este maravilloso mundo.

La calma no suele durar mucho y como he predicho, no lo hace; me choco con algo, por el choque diría que más bien es con alguien, retrocedo por reflejo.

—Disculpe, iba distraída y no le vi —sospecho que caminar sin prestar atención a mi alrededor no es muy seguro. Alzo la cabeza para ver de quién se trata, es un chico rubio, para concretar más, un chico rubio de pelo corto y no diría que lo tiene rizado, pero

tiene unas pequeñas ondulaciones en las puntas, como si fuera despeinado pero al mismo tiempo no, todo su cabello está bien colocado, mechones rebeldes intuyo. Sus ojos son verdes esmeraldas, tiene facciones jóvenes y aun así, debido a su físico, no diría que se trata precisamente de un adolescente, hombros anchos y cuerpo bien definido, «un armario ropero» como diría mi madre. En su mayoría puedo decir que le gusta el deporte, hasta podría decir que le encanta, no obstante, eso ya sería demasiado deducir. Habla interrumpiendo mis análisis.

—Apostaría a que tenemos la misma edad, no es necesario que me trates de usted —eso sí que es rebatible, podríamos tenerla, estoy de acuerdo, pero por mi apariencia me cuesta creer que deduzca qué edad tengo— y no te preocupes, tampoco iba pendiente de por dónde iba, se podría decir que me he perdido —una débil sonrisa se asoma en su rostro mientras desvía la mirada, un gesto bastante adorable comparado con su apariencia.

—¿No eres de aquí? —en realidad tiene sentido, no recuerdo haberle visto y el pueblo no es tan grande como para que alguien pase desapercibido.

—Gran deducción, Sherlock —dice con cierta broma en su voz, percibo un aire de burla, pero la dejo de lado—. ¿Serías tan amable de darme un par de indicaciones? —su tono da un vuelco, ahora se me parece más a una súplica.

—Dime —asiento con la cabeza como una buena ciudadana.

Doy un paso hacia atrás, el chico que se encuentra delante de mí recita mi dirección de memoria, su personalidad vuelve a dar un giro de ciento ochenta grados, sus ojos están clavados en los míos, su rostro es frío y serio, la sonrisa que antes decoraba sus labios ahora se ha convertido en una línea recta, una línea que consigue avivar cada vez más mis nervios. Trago saliva antes de contestar.

—Dado que los dos sabemos que este encuentro no ha sido fortuito, me vas a permitir preguntar ¿a quién vas a visitar? —decido entrar a su juego, mi apariencia es lo contrario a lo que siento, avanzo ese paso retrocedido segundos antes y adopto una expre-

sión igual que la suya, dos pueden jugar a lo mismo. Mi reacción provoca otra de su parte, una de las comisuras de sus labios se alza dejando a la vista una media sonrisa egocéntrica.

—A Cass Clay. ¿No la conocerás por casualidad? —ahora se está riendo de mí.

Sopeso posibles respuestas sin desviar mi mirada de la suya, dos pueden jugar al mismo juego, me está provocando, pero no sé qué quiere conseguir, por lo que no puedo calcular una salida sin darle lo que sea que esté buscando y mintiendo tampoco ganaré nada, eso está claro.

—Deduzco que sabes que es mi madre y por eso has planeado este choque —quizás me estoy sobrepasando, no obstante, su media sonrisa continúa intensificándose, no lo afirma, eso es cierto, pero tampoco lo desmiente— ¿Qué quieres de ella? —pregunto a la defensiva, mi cerebro ha hecho clic, mi cuerpo responde a él y, sin embargo, no sé de dónde he sacado esta faceta, no es propio de mí.

—Kaled —dice sin más, hay un notable desconcierto en mi expresión, pero lo disimulo enseguida.

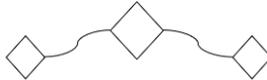
—¿Cómo dices? —frunzo el ceño mientras mi desconfianza aumenta.

—Ese es mi nombre, me llamo Kaled Kross, encantado de conocerte por fin, Ilaria —¿me está tomando el pelo? ¿Con eso quiere afirmar mis sospechas? Cierro los puños con fuerza alrededor de las asas de las bolsas, he llegado a mi límite de estupideces.

—¿Se puede saber quién te crees que eres? —su sonrisa desaparece, seguro que no se esperaba esta reacción, pero ya ha jugado suficiente, la partida se termina aquí y ahora— ¿Crees que puedes venir justo cuando mi madre no está? Qué casualidad, ¿verdad? Si hubiera la más mínima posibilidad de que hubiera mandado a alguien a por nosotros, nos lo habría dicho y la verdad, me cuesta creer que llamara a alguien del que nunca he oído hablar —mantengo una voz neutral, no la alzo en ningún momento, aunque me ha faltado poco para perder los papeles—. Que no te vea mero-

deando por mi casa o llamaré a la policía, quedas avisado —las palabras salen de mi boca antes siquiera de que las medite, por dentro estoy temblando, pero si dejas que me vea vulnerable, estoy perdida.

Sin darle tiempo a contestar, paso por su lado con la vista clavada al frente, por supuesto mantengo la cabeza alta, no sé qué me ha pasado, pero no me arrepiento de nada.



No voy a mentir, mi corazón sigue latiendo a mil por hora y puedo asegurar que va a tardar en volver a la normalidad. No podía parar de pensar en proteger a Ian, aunque no conociera al sujeto con el que había hablado, mi prioridad era y es mi hermano.

El resto del día me lo he pasado observando por la ventana, bastaba que hubiera una sombra para que me pegara a ella, pensaba que había sido discreta, o al menos eso creía.

—¿Qué ha pasado esta mañana? Pareces una cazadora buscando a su presa —mi cuerpo se tensa ligeramente—. ¿O es al revés? —volteo mi cabeza mirando a la persona que se halla a pocos metros de mí. Ian tiene un superpoder para saber cuándo pasa algo, por eso nunca he sido capaz de ocultarle nada, tampoco había sido mi intención.

Su gesto es duro, puedo ver como la preocupación va emergiendo, me mira con una ceja alzada y con los brazos cruzados, suelto un pesado suspiro y asiento.

—Un chico raro se ha cruzado conmigo a propósito, buscaba a mamá —de una zancada se posiciona todo lo cerca de mí que puede, descruza sus brazos acunando mi rostro entre sus manos, lo mueve a su antojo y yo no evito reír ante su comportamiento—. ¿Se puede saber qué estás haciendo? —cuando parece satisfecho, mueve las manos a mis hombros y me obliga a dar una vuelta completa sobre mí misma.

—¿Te ha hecho algo? —pregunta a regañadientes.

—Tranquilízate, estoy de una pieza —pellizco su nariz como él me hace a mí para intentar deshacer la preocupación del ambiente.

Hace caso omiso a mi respuesta y me escanea de pies a cabeza, se relaja al concluir, gracias a su examen visual, que digo la verdad.

—Te creo, es solo que no puedo imaginar que te hacen daño mientras no estoy contigo —pongo mi mano sobre sus ojos tapándolos usando la contraria para abrazarle.

—Los dos estamos alerta de cualquier cosa que pase, pero eso no quiere decir que no te puedas permitir a ti mismo unos segundos de calma —susurro cerca de su oído, sus brazos me rodean y esconde el rostro entre mi pelo—. Te prometo que no nos va a pasar nada malo, nunca dejaré que te pase nada, ni ahora ni nunca, tú eres mi prioridad —me ayudo de mis nudillos para masajear su espalda de la misma forma que hice esta mañana, su cuerpo se destensa y sé que ahora, por fin, se ha relajado de todo el peso de estas últimas semanas.

